

La fiesta se aproximaba y la animacion de los preparativos crecia á cada momento, prometiéndose todos que aquel dia iba á ser uno de los mas memorables.

CAPITULO XXI.

DE LO QUE HICIERON ZUBIETA Y DON MANUEL
TRATÁNDOSE DE LOLA.

ARA poder apreciar los estragos del tiempo, basta dejar pasar algunos dias y volver hácia atras la vista.

El amor, segun hemos visto, habia tomado en la casa de Don Manuel un aspecto alarmante; se habia empeñado una lucha cuyos resultados eran nenos dudosos cada dia; por que la pasion de los celos se elaboraba á sí misma, como sucede siempre, su porvenir de tinieblas.

Habian mediado ya mas explicaciones entre Don Manuel y Lola, y de cada una de estas sesiones íntimas resultaba la misma sombra en el ánimo de Don Manuel y el mismo resentimiento en el de Lola.

Pero la verdadera gravedad en este asunto estaba por parte de Zubieta, y consistia en que, siguiendo este las leyes del equilibrio, ocupaba el terreno que le cedia Don Manuel.

Se habia establecido ya como una costumbre, que Lola contara á Zubieta por las tardes, todo lo que le pasaba entre una y otra visita, y estas confidencias formaban invariablemente el pasto de la conversacion.

Acababa de entrar Zubieta.

Al saludar á Lola notó que esta habia llorado.

—¿Qué es esto criatura? le dijo, por lo que veo las cosas siguen á mas ¿qué ha sucedido?

—Qué ha de suceder, que mi marido es cada dia mas insoportable.

—¿Ha vuelto?.....

—Sí; anoche, y con una insistencia de que solo es capaz un tonto ó un celoso, soy muy desgraciada Zubieta, exclamó Lola con un acento que revelaba que se encontraba dispuesta á llorar apenas se presentara la ocasion.

—Cuénteme usted criatura, quéjese usted conmigo, tendré como siempre el plaacer de consolarla.

—Figúrese usted, continuó Lola, que mi marido está poseido de un pensamiento que ya no lo abandona un solo momento; duda de todo lo que lo rodea, vacila en to-

das sus determinaciones, se presenta aquí de improviso á horas en que nunca, con ningun motivo habia solido presentarse, me hace preguntas capciosas, fragua planes absurdos que no sirven mas que para hacerme comprender el grado de su desconfianza perenne, y en todas, en todas y en cada una de sus acciones, estoy notando momento por momento, que sigue obrando bajo la influencia de los celos; desaprueba todo aquello que hago con intencion de alhagarlo, y pretende encontrar una falta en aquello en que estoy mas léjos de ofenderlo; mi marido en fin, se está volviendo loco y creo que ha llegado la vez de poner un remedio radical á esta situacion.

—¿Y qué remedio le ha ocurrido á usted?

—Me ha ocurrido pedirle á usted formalmente un consejo.

—Habiamos quedado en que iba usted á pedir ese consejo á su confesor.

—Así lo hice ya.

—Y le ha dicho á usted.....

—Me ha aconsejado la prudencia como único recurso.

—Y el consejo me parece muy acertado.

—Sí, yo tambien creo que el consejo es bueno, pero el recurso me parece ineficáz.

—¿Por qué criatura?

—Porque mi marido me ha dado una prueba de ello; me ha echado en cara mi prudencia, diciéndome que mi prudencia en el presente caso era sospechosa, y que supuesto que tenia tanta energia y tanta resignacion para

callar, yo misma me entregaba, porque en todo estaba yo revelando un disimulo que no podia esconder sino una falta.

—¿Es posible?

—Ya verá usted por esto, Zubieta, que he agotado todos los medios de conciliacion, y aun poniendo en planta aquellos que no son dictados sino por la natural indignacion de verme ultrajada injustamente, han sido contraproducentes.

—Ya, ya recuerdo, dijo Zubieta, que cuando usted movida por su dignidad se ha exaltado.....

—Ya usted lo sabe, mi marido ha tomado mi exaltacion como una prueba de mi culpabilidad, y hasta como un recurso gastado segun me dijo últimamente.

—Es cierto.

Despues de una pausa durante la cual Lola y Zubieta parecieron reflexionar profundamente, Lola exclamó.

—¿Qué clase de enfermedad moral es esta, Zubieta, que acaba con la razon y con la lógica, y contra la cual no hay recurso posible?

—Por mi parte dijo Zubieta, como siguiendo el hilo de su propio discurso, mas que la interpelacion de Lola, por mi parte estoy dispuesto á hacer el mas penoso de los sacrificios, si este hubiera de conquistarle á usted de nuevo su tranquilidad, y la paz doméstica á que es usted tan acreedora; pero por mas que cabilo, por mas que estudio la manera de cortar este mal, no encuentro sino que

los medios que nosotros pudieramos emplear, y que ya hemos discutido algunas ocasiones, no servirán mas que para agravar la situacion.

—Por ejemplo, interumpió Lola, habiamos habado de que usted se retire.

—Y esto, agregó Zubieta, segun tambien hemos convenido no servirá mas que para que las gentes que han dado ya en fijarse en nosotros, corroboren que algo habia de cierto y de fundado, supuesto que he llegado á salir de la casa de usted.

—Por otra parte, dijo Lola, cuando he tratado este asunto con Manuel, ha sido el primero en prohibirme severamente que obre yo de esa manera, por que la permanencia de usted, segun él mismo dice, esta siendo una garantia.

—¿Una garantia?

—Si, oiga usted lo que me ha dicho á este respecto: no vacilo un solo momento acerca de la caballerosidad y rectitud de Zubieta, y él mientras entre á mi casa como amigo, será incapaz de traicionar mi amistad: yo conozco á Zubieta, me decia, y su lealtad y sus buenas costumbres son una verdadera garantia para mí, al paso que si yo fuera el primero en cerrarle á Zubieta las puertas de mi casa, lo pondria en aptitud de verme como un desconocido, lo relevaria yo mismo de los compromisos del deber y de la amistad; el amigo no seria entonces mas que un marido, y ya sabriamos qué clase de respeto me-

rece un marido, y hasta qué punto se toma como una hazaña de buen gusto el burlarlo.

Zubieta pareció estar aprovechando todas y cada una de las palabras de Lola, para guardarlas como prendas de un valor inestimable.

—Tiene usted razon Lola, su marido de usted conoce cuan poderosa es en mí la consideracion de la amistad y sabe muy bien que encerrado en el círculo de fierro de mi deber seré siempre incapaz para romperlo, al paso que una vez libre de ciertas trabas daría rienda suelta á mis sentimientos y..... eso lo comprende usted ya perfectamente Lola, entonces le diría á usted que la amo apasionadamente.

—¡Zubietal exclamó Lola como deteniendo con solo esta palabra, cuantas pudiera decir Zubieta enmedio de aquel arranque espontáneo.

Reinó resipentinamente el silencio entre aquellos dos combatientes del amor.

—¡Lola! exclamó á poco rato Zubieta, no aspiro á mas sino á que comprenda usted mi sacrificio; con solo que usted sepa cuanto vale mi silencio, estoy recompensado de mi sufrimiento.

—He aquí el punto á que no hubiera yo querido llegar nunca.

—No llegamos nosotros hasta allá por nuestra libre voluntad, sino porque nos impelen.

—Por desgracia eso es cierto.

—¿Por desgracia? repitió Zubieta con mucho cariño.

—Sí por una horrible desgracia, supuesto que en ese terreno todo estaria en contra nuestra.

—Menos la felicidad,

—Para mí ya no la hay.

—¡Quién sabe! usted es digna de todas las recompensas.

—Hasta ahora sí, porque he sabido sufrir.

—Pero el sufrimiento agota las fuerzas.

—Ese es mi único peligro, por que tan luego como acabe mi resistencia, cuando llegue á ser impotente contra mis dolores.....

—En estos momentos se presentó Don Manuel en la sala.

Su mirada quiso abarcar simultáneamente todos los detalles del cuadro, y ninguno de los tres personajes de aquella escena pudo evitar que reinara un silencio que les pareció eterno.

Zubieta iba á ser el primero en interrumpirlo, desentendiéndose del gesto de Don Manuel y saludándolo como de costumbre, pero al encontrarse con la mirada casi provocativa del marido, permaneció inmóvil.

Don Manuel fue por fin quien rompió el silencio, diciendo esta sola palabra.

—Entendamonos.

En seguida puso solemnemente su sombrero sobre la mesa, aproximó una silla y se sentó.

En aquella difícil situacion se echaba de ver que de los tres personajes sobraba uno, sea cual fuere el sentido en

que se tomara la intervencion particular de cada uno de ellos en el asunto.

Don Manuel no habia fijado todavia su mirada en ninguna parte; pero Lola y Zubieta la tenian fija en Don Manuel.

Cuando este levantó los ojos se encontró con aquellas dos miradas dificiles de describir.

Pero debió notar en la de Lola esa inarticulada y elocuente súplica, que solo es capaz de espresar la muger en ciertas situaciones, y al momento pensó Don Manuel en la inconveniencia é incompatibilidad de uno de sus dos interlocutores; pensó en que era necesario elejir entre los dos; su tendencia primera fue la de hablar solo con Lola, pero rebelándose algo viril en su interior, dirigió por fin su mirada á Lola de una manera que queria decir: «vete»

Lola se levantó de su asiento y salió en silencio de la sala.

Entretanto Zubieta preparó sus baterias de defensa, se puso sobre sí mismo, y esperó con cierto aplomo estóico á que Don Manuel comenzase á hablar.

—Pues señor, dijo resueltamente Don Manuel, aceptando esta introducion que suele ser muy util en ciertas situaciones dificiles, acaso le parezca á usted muy estraño lo que esta usted viendo, y califique usted mi conducta de imprudente y hasta de ridícula; pero, señor Zubieta, en un negocio que me incumbe tan directamente no debe exijirme el aplomo con que pudiera tratar los asuntos de

los demas: en todo caso lo que voy á decir á usted es como confidencia de un negoeio para mí grave, y que demanda urgentemente una solucion.

Don Manuel acabó de hablar, no sin felicitarse interiormente del sesgo feliz que habia sabido darle á aquella dificil introduccion.

Pero Zubieta, que como hemos visto, estaba en su atrincheramientos, respondió con la mayor naturalidad del mundo.

—Señor Don Manuel: me he honrado siempre con la buena amistad de usted, y al creerme digno de ella no puedo menos que ponerme á sus órdenes ofreciéndole de nuevo mis pobres servicios.

—¿Esta usted por lo mismo dispuesto á darme un buen consejo?

—Efectivamente, y siempre que yo sea capaz de dar consejos buenos.

—Es usted hombre de mundo.

—He vivido algo.

—Y conoce usted el corazon humano.

—Un poco.

—Y usted por su carácter social es una de las personas mas apropósito para encontrar soluciones felices, en cuestiones que afectan la tranquilidad de una familia.

—Algunas veces, dijo Zubieta, he sabido acertar, pero eso no quiere decir que en todas ocasiones me crea.....

—Pues bien, señor Zubieta, he aqui el caso que deseo

consultar á usted como hombre de mundo: se trata de mi matrimonio.

Don Manuel procuró estudiar la fisonomía de Zubieta, esperando notar en ella algo que indicara emoción: pero Zubieta impasible contestó.

—Ya lo habia comprendido.

—Al casarme, dijo Don Manuel, encontré que era yo completamente feliz; ni una sola nube empañó mi vida, y me pareció que ya habia asegurado para siempre mi tranquilidad doméstica. Una vez convencido de las virtudes y de la moralidad de mi muger, me pareció que tenia en estas prendas, raras hoy, la mejor garantía de seguridad (tenia razon en creerlo así, Zubieta?

—Indudablemente; esas son las bases mas seguras y el unico fundamento sólido en que debemos apoyar nuestra felicidad, señor Don Manuel.

—Y si á pesar de esas bases, si á pesar de tener esa conviccion íntima y esa seguridad, señor Zubieta, tuviera usted un dia una duda, y antes de acogerla sin examen, se pusiera usted á estudiar detenidamente todos esos pequeños detalles íntimos, y cada una de esas particularidades que solo un marido puede apreciar; si proponiéndose obrar con una prudencia á toda prueba, con un disimulo perfecto y con una calma serena, hubiera usted ido recojiendo ciertos datos, hubiera usted ido poniendo grano á grano la arena de sus sospechas hasta llegarlas á corroborar con hechos innegables; si ya persuadido íntimamente de que aquella primera felicidad ha desaparecido por

completo, y el lugar único, adorable, que usted ocupó en el corazon de su muger; está ocupado por... por una sombra, por una duda amarga, tras de la cual caben todas las mas absurdas suposiciones, todo lo que hay de mas desgarrador y terrible para un amante; para un marido, para un amigo; si llegara usted á palpar, señor Zubieta esta horrible sustitucion no teniendo sin embargo una de esas pruebas irrefragables y claras, sino un conjunto de convicciones, envueltas en un conjunto de sombras, pero capaces de matarlo á usted de pesadumbre ¿qué haria usted entónces, señor Zubieta?

—¿Yo? Señor Don Manuel yo, inquiriria, yo buscaria lo que creyera haber perdido en el mismo lugar donde lo encontré; yo, al ver marchitarse una planta, la regaría; al ver oscurecerse mi dicha, la buscaria en sus elementos y en su origen.

—¿Eso haria usted?

—Sí, señor.

—Y si en vez de volver á tocar las primitivas delicias de la primera época de amor, encontrara vacíos por todas partes, y en aquel campo de las primeras y queridas ilusiones no encontrara ya sino las espinas y las málezas propias de un otoño, que no por anticipado es menos triste, ¿qué deberia hacer entónces?

—¿Me habla usted señor Don Manuel, con la conviccion de los hechos? ¿es una realidad la que usted me comunica, ó son las visiones del celoso, las que han formado ese cuadro sombrío que acaba usted de trazarme?

—Es la realidad, llevo mucho tiempo de estar viendo la venir y hoy la veo frente á frente.

—Está usted en un error, señor Don Manuel.

—Ese error que usted supone, sería el rescate de mi felicidad. ¡Ay! ¡ojalá que me hubiera equivocado! ¡cuantas veces he procurado engañarme á mí mismo! pero todo ha sido en vano, porque al fin la verdad fría é inexorable, ha triunfado de mí y de mis dudas, y se ha presentado desnuda.

—Señor Don Manuel, el consejo que usted me ha pedido, se hace tanto mas difícil, cuanto que ante todo sería necesario empezar por destruir el edificio de sombras que usted se ha forjado.

—De ese modo, exclamó Don Manuel no llegaremos jamás á ninguna solución, supuesto que estamos desacordes en el origen, ¿soy ó no soy juez competente para conocer si mi muger me ama?

Zubieta guardó silencio.

—¿No me contesta usted?

—Entre ser juez y no poderlo ser, hay un escollo.

—¿Cuál?

—Los celos.

—¿Los celos? ¿yo celoso? ¿yo abrigando una pasión, que soy el primero en reconocer humillante?

—¿Cree usted no estar celoso?

—Indudablemente no lo estoy.

—¿Entonces que explicación dá usted al vacío que encuentra en su amor, es un acabatimiento espontáneo, es el

cansancio, es una negación sin explicación posible como la muerte de la vista?

—Yo no lo sé.

—¿Creé usted en el vacío?

—No entiendo la pregunta.

—¿Creé usted que haya un lugar, un vacío que no esté lleno? ¿allí donde creé usted que no hay nada, creé usted que efectivamente no hay nada?

—Eso es precisamente el punto principal de mis dudas, en esa averiguación, solo he podido adquirir la mitad de la certidumbre.

—¿Cuál es esa mitad?

—Que no hay nada para mí.

—¿Pero no puede usted asegurar que haya algo para otro?

—No.

—Entonces convenga usted en que está espuesto á ser injusto.

—Así lo creo, lo temo sin cesar y procuro no llegarlo á ser, porque aborrezco la injusticia.

—He aquí señor Don Manuel, una de esas enfermedades en las que el enfermo es el primer obstáculo para curarlas; usted teme ser injusto siéndolo, usted cree no estar celoso estándolo, y por lo tanto.....

—¿Yo celoso é injusto?

—Esa es mi convicción; y el consejo que debo dar á usted, se reduce á recordarle que no hay mas que una manera de conquistar amor y esta es, amando. Estoy

seguro de que su muger de usted, es y sigue siendo digna de usted y de todas las consideraciones y respetos; y por lo que á mí toca, tengo el sentimiento de manifestarle que á mi pesar, á pesar del público y de cualquiera otra consideracion, me retiro de la casa de usted.

Don Munuel se quedó contemplando por largo tiempo á Zubieta y luego dijo:

—¿Se retira usted?

—Sí, señor.

—Luego confiesa usted entonces tener alguna parte en este asunto?

—Sí, tengo la de ser un pretexto.

—¿Eso se lo dice á usted su conciencia?

—Me lo dice simplemente mi esperiencia.

—Tenga usted presente señor Zubieta que yo mismo no me hubiera atrevido á señalarlo á usted como el origen de mi malestar.

—Pero yo que he notado hace mucho tiempo lo que por usted pasa, esperaba la primera oportunidad para manifestarle mi desinterés y mi buena amistad.

—¿Insiste usted en tomarse un papel que no le corresponde?

—Por lo mismo que no me corresponde, no deba aceptarlo.

—Pero á mi vez tengo derecho de rogar á usted, me dé la esplicacion da ese modo de proceder.

—Es muy sencillo.

—Yo no lo encuentro sencillo.

—Sírvasse usted escuarme. Desde el momento en que el amigo fiel y desinteresado se convierte, en el seno del matrimonio de usted, en el origen de desazones y disgustos, tan luego como me veo espuesto á perder aquí mi carácter, siendo ya el objeto de sospechas y de dudas, me toca poner el remedio, no sin sentir en el alma alejarme de su lado, precisamente en momentos en que tal vez pudiera servir el buen amigo con mis consejos, cooperando á la armonía y á la paz que debe reinar en el matrimonio.

Don Manuel pareció reflexionar profundamente é iba á contestar Zubieta, cuando la interrupcion de unas visita, detuvo en sus labios la palabra, quedando por lo tanto aplazada aquella conferencia.